

tido trascendental á la ciencia de la antigüedad, verdadera pasión que compartía con Laura el corazón del poeta, supo éste elevarse en sus epístolas á una altura que señala, puede decirse, el principio de la edad de oro para los estudios clásicos y para la misma arqueología. Si Dante simboliza y cierra con sello de oro la Edad Media, Petrarca inaugura el Renacimiento. Sus canciones y sonetos no bastan para dar idea completa de su genio; es preciso leer una y otra vez sus epístolas para penetrar algo en el fondo de sabiduría que contienen. Los encarecidos ruegos que Petrarca dirige á los Papas residentes en Avignon, ya lo hemos visto, son tiernas elegías que al poeta inspiran la ciudad solitaria y la Italia en llanto; sus epístolas son sin duda las páginas más bellas que á Roma se habían consagrado, desde el siglo de San Agustín y de Prudencio.

Los espíritus inquietos y mal avenidos con la obediencia, que preparaban á título de reforma de la Iglesia la emancipación del pensamiento y el libertinaje de la razón, no tarde hubieron de dirigir sus tiros hácia la Roma venerada por los cristianos, como si les fuera odioso hasta el alcázar de la majestad que combatían; y hé aquí que en el propio siglo XVI comienza la guerra de invectivas y epigramas contra la ciudad que es emporio de las artes, contra la ciudad de Leon X; y los estudios críticos y arqueológicos, contaminados de soberbia y de escepticismo, se complacen en amontonar sofismas y en condensar tinieblas, en cuyo fondo se deja pronto ver, siniestra como un relámpago, la sonrisa del impío Rabelais. Por aquel tiempo la Providencia, que vela por los destinos de Roma y de la humanidad, suscita santos y sabios que neutralicen los esfuerzos desesperados de los nuevos invasores. Y San Ignacio de Loyola y San Felipe Neri responden con sus obras y con sus institutos á Lutero y á Calvino; el año mismo en que el fraile rebelde rompe todo lazo de obediencia y de amor, nace en Ávila Santa Teresa de Jesús. Baronio confunde con sus *Anales* á los malignos centuriadores, fabricantes de historias y de crónicas; y Bosio, explorador afortunado de la Roma subterránea, da con el secreto de las Catacumbas, abre al mundo cristiano las puertas de la ciudad de los mártires, y cuando el protestan-

tismo armado acaba de arrojar y destruir las reliquias veneradas en muchas iglesias de Europa, un tesoro de reliquias surge de las entrañas de la tierra. Por aquellos días el catolicismo pierde provincias, y España le da continentes.

El espíritu de sátira y denuesto contra Roma no podía hacer fortuna, cuando en pro de la justicia clamaban la realidad de las grandezas antiguas y modernas, y los esplendores mismos del arte, que por necesidad habían de dar en ojos aún de los más audaces adversarios. Si el protestantismo era retoño tardío del tronco seco y muerto del paganismo, ¿cómo romper las estatuas del arte griego-romano ni borrar los magníficos restos del Coliseo y de las Termas? El vértigo anti-arqueológico y anti-artístico no duró mucho tiempo; la reacción dejóse luego sentir. El mismo Montaigne, espíritu francés burlesco, epicúreo, que presagiaba los días de Voltaire y preparaba los caminos al triste escepticismo de la Enciclopedia, no pudo pasar por Roma sin pagarle tributo de reverencia y de amor. Ariosto, aunque no siempre libre del contagio de escepticismo, ni siempre en paz con sus ambiciones y sus anhelos, recordaba con plácida emoción su antigua morada en Roma, y las horas serenas, en que rodeado de doctos amigos, podía decir con el libro en la mano: «Aquí fué el Circo; allí el Foro; ésta es la Suburra; aquella la Via Sacra; aquí estuvo el templo de Vesta; más allá el de Jano. Tasso, el dulce trovador de la Jerusalén, dotado de más ternura y de sensibilidad más exquisita que el autor de *El Orlando*, llegaba moribundo á la ciudad de Roma, y se dirige á la más alta de las colinas para empezar, desde allí, cuanto antes, su conversacion con el cielo; era el mayor tributo que podía rendir á la ciudad de sus dichas y de sus dolores; traíale una ofrenda de ruinas en su corazón, que iba á dejar de latir, y una ofrenda de gloria en su nombre y en su libro, que no dejarán de vivir nunca.

¿Quién sabe si alguna vez se encontraría con Tasso por las ruinas del Foro, ó por el valle de la Ninfa Egeria, ó ante los frescos de Rafael, ó en la antesala de algún cardenal, un joven español, pobre como el poeta de Sorrento, predestinado á la cárcel y al oprobio como el cautivo de Ferrara, pero que lleva

en su mente, como el cantor de los cruzados y de Aminta, un poema cuya fama ha de llenar el mundo? ¿Quién sabe si Cervantes, paje ó familiar del cardenal Acquaviva, no estrecharia alguna vez la mano de Torquato Tasso, huésped y protegido del cardenal Hipólito de Este? Yo he buscado en Roma con solícito afán las huellas de Cervantes. ¡Inútil empeño! Entre las escasas memorias relativas á Monseñor Julio Acquaviva, nuncio de la Santa Sede cerca de D. Felipe II y promovido á la púrpura en muy temprana edad, nada se encuentra que pueda referirse al insigne escritor español; el oscuro servidor de un cardenal en el siglo de los papas Médicis no podia dejar su nombre escrito en bibliotecas ni archivos. Cervantes, buen cristiano y alma agradecida, ha pagado á Roma su hospitalidad de los primeros años, recordando y celebrando en sus obras inmortales las maravillas de la ciudad eterna. Nuestros poetas del gran siglo, y aún los de tiempos anteriores, sin omitir los romanceros, han tenido para Roma recuerdos y armonías, como si Roma hubiera sido siempre la segunda patria de los corazones españoles. Calderon se muestra en sus obras conocedor profundo de la historia y de los monumentos de las siete colinas; la musa de Quevedo saluda á la ciudad eterna diciéndole:

Con los Sumos Pontífices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un día
Reina del mundo y cielo y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave
Y el nombre de ciudad por el de nave;
Los que fueron Neronos insolentes,
Son Píos y Clementes.

¿Qué diferencia de la frialdad con que pasan por delante de las ruinas y de los altares de Roma los poetas ingleses del siglo xvii y del siglo xviii! Milton sólo se sintió inspirado para escribir una carta latina á cierta cantante Leonor (*ad Leonoram Romæ canentem*), y una oda, también latina, inspirada en ideal mitológico y escrita con estro pagano. Addison aprovecha la visita á los lugares citados por los grandes escritores del siglo de Augusto para cantar las glorias de la Gran Bretaña y

predecirle con altivez su destino de mantenedora del equilibrio europeo; su famosa epístola es un himno á Inglaterra sobre motivos de Roma. Thomas Gray, por el contrario, entra en Roma decidido á maravillarse, y se maravilla en efecto desde que ve la puerta del Popoló y la plaza de este nombre, y da rienda á su entusiasmo ante los despojos de Tívoli, cuya grandeza canta, según la moda, en hermosos versos latinos, que recuerdan los tiempos de Mecénas.

El siglo xviii, ocupado en hacer ruinas, no podia tener genio ni valor para poetizarlas. La frialdad glacial del filosofismo dominante secaba los manantiales de toda inspiracion artística, y entre el mundo de la realidad, donde los soberbios discuten sus ambiciones, y aquellos espacios diáfanos, donde buscan luz y armonía y colores los artistas, se extendia como inmensa cortina de tinieblas la nube negra, que ántes de espirar el siglo se desatara en torrente demagógico sobre Francia y sobre Europa. Goethe habia dirigido á Roma el último canto pagano; Júpiter olímpico ve, á los catorce siglos de morir su culto, una especie de relámpago que ilumina un instante la cumbre de su desierto Capitolio; el autor de *Werther* y de *Fausto* ha puesto de rodillas su genio ante un altar de la nada. Goethe, delirando una oracion al padre de los dioses, señala el momento supremo para la catástrofe moral de 1793.

Cuando la nube se disipe y los designios de Dios se cumplan y la luz vuelva á brillar sobre los horizontes de la inteligencia y de la fantasía, las ruinas de los templos y las ruinas de la fe tendrán un cantor como Chateaubriand, á quien los paseos por Roma siempre decian algo nuevo; que hasta las piedras le hablaban lenguaje misterioso, y el polvo de los caminos le contaba muertas grandezas humanas; y como Mad. Staël, que llama á la fábrica de San Pedro armonía inmovilizada, música que no se aleja, la fijacion en el espacio de un deleite artístico que sólo se goza en el tiempo; ó como Lamartine, meditando en el Coliseo á la luz de esta luna de Italia que alumbrá más que el sol del Norte; sabios y artistas, como Gerdil y Alfieri, y d'Agincourt y Visconti, y Canova y Angelica Kauffmann, habian inaugurado, por decirlo así, el segundo feliz re-

nacimiento de la verdad y de la belleza; pensadores ilustres, como Demaistre y Ozanam y Lacordaire, se han asomado al campo de la historia y de la filosofía, desde Roma, donde son más accesibles y más claras las alturas de la ciencia y de la fe, y han descubierto países y distancias que difícilmente se logran desde otro punto de vista.

En los tiempos modernos Roma pagana y Roma cristiana han sido objeto de sábias investigaciones y de muy luminosos estudios. La no terminada *Esquisse de Rome chrétienne*, por Monseñor Gerbert, obispo que fué de Perpiñan, es una obra llena de sabiduría y de erudición; en ella se desenvuelve con admirable sentido la idea de Roma, traduciendo en capítulos elocuentes de doctrina católica los monumentos, los edificios, las instituciones de la ciudad eterna. Roma es un gran libro de piedra; Monseñor Gerbert lo abre, lo lee, le interpreta y lo convierte en un libro interesante y fácil, que honra sobremanera la ciencia y la literatura francesa del siglo XIX.

Otro escritor francés, también sacerdote, Monseñor Gaume, ha formado una verdadera guía de la Roma cristiana y aún de una parte de Italia. En sus *Tres Romas* el ilustre adversario de los clásicos latinos muéstrase erudito razonador, y á veces elocuente. Estudia basilica por basilica, iglesia por iglesia y hospital por hospital la Roma de los papas; pasa de largo ó se detiene sólo breves instantes para execrar su memoria delante de la Roma de los gentiles; la escultura griega y romana párecele inverecunda y material, y sin tener acaso en cuenta que los pontífices favorecieron siempre con espíritu generoso las bellas artes, y que era ocasión de grandes fiestas en la córte de Julio II ó de Leon X el hallazgo de un mármol antiguo, aunque estuviera desnudo, muestra en una y otra ocasión su desagrado contra escultores y pintores, y aún contra los aficionados á sus obras. ¡Candoroso y laudable rigorismo! Si la malicia humana no se complaciera en contaminarlo todo, el verdadero impudor en las artes sería la afectación del pudor. Las pinturas más cercanas á los tiempos apostólicos no ofrecen los velos y los disimulos que se observan ya en las de tres siglos más tarde; y es que, en pintura y en escultura, ha puesto más

velos la mano de la malicia que la mano de la honestidad. No es justo envolver en anatema comun los errores y las degradaciones del paganismo con las obras verdaderamente admirables que el mundo antiguo ha legado al moderno. Los ídolos y las fábulas de la gentilidad han muerto; pero el arte vive eternamente.

Las obras de Gerbert y de Gaume, el atinado y discreto cuadro histórico de Mr. Lagurnerie, las *Cartas de un peregrino*, de Mr. Lafond, y otras publicaciones de índole parecida, dan seguramente á conocer la Roma cristiana bajo todos sus aspectos religiosos; este fin se proponen sus autores, y éste realizan.

Acerca de la Roma que pudiéramos llamar profana son ménos numerosos los libros notables que han visto la luz en estos últimos tiempos; merecen especial mención Dezobry y J. J. Ampere.

Dezobry es un reconstructor material y moral de la Roma del siglo de Augusto y de los primeros años de Tiberio. Como Cervántes se valió del manuscrito arábigo de cide Amete Benengeli para regalar al mundo su *Ingenioso Hidalgo* así el historiador francés se aprovecha del libro de memorias de un gallo (Camulogenes), donde hay, sin duda, copias de las interesantes cartas que desde Roma dirigia á Lutecia (el París moderno), á su amigo y paisano Induciomaro, durante los cuarenta y siete años que permaneció en la capital del imperio. La ilusión es completa. El desempeño artístico de la obra sorprende y cautiva. La vida civil, religiosa, política y literaria de Roma aparece en una serie de cuadros que no desdeñaría un contemporáneo de Tito Livio. Textos y autoridades de los antiguos escritores y de los del siglo de Augusto, hábilmente combinados y dispuestos, forman el caudal de cada carta; y la carta es, sin embargo, original de perfecta originalidad, á la manera que los millares de piedras de color que entran en un mosaico no son labor del mosaista, y sin embargo, al mosaista corresponden de justicia el mérito del conjunto y la fama de la obra. Es preciso leer una por una las cartas de Dezobry y verificar las citas en cualquiera de ellas, para formar idea

aproximada de las dificultades que el autor ha tenido que vencer, y del servicio que con sus cuatro volúmenes ha prestado á los estudios históricos y artísticos.

Mr. Ampere registra y desenvuelve la historia de Roma en Roma. Comienza en los tiempos fabulosos y llega hasta Constantino, hasta la traslacion de la silla imperial á Bizancio. El cuadro de Mr. Ampere es más extenso que el de Dezobry; su plan es más vasto. La obra del ilustrado académico frances supone la doble y prolija tarea del exámen de los textos escritos, y del exámen de los monumentos y de las ruinas. Cierto que el autor ha podido aprovecharse de magníficos y fecundos trabajos anteriores. Cuantos arqueólogos han estudiado y descrito la Roma antigua, ¿qué otra cosa han hecho sino trazar ó rehacer capítulos de historia? En Roma, de tal manera se enlazan los grandes sucesos, y tal y tan profunda huella dejan en las cumbres y en las faldas de las siete colinas, que los edificios mismos y aún los escombros, sirven de guía silenciosa á quien algo conoce de bellas artes para distinguir la Roma de los emperadores y la de los cónsules y la de los reyes, y aún para llegar á aquellas esferas por donde se agita la sombra de los pueblos y de las razas que precedieron á Rómulo y á Tacio. Faltaba, sin embargo, un espíritu claro y sintético que, recogiendo tradiciones y leyendas, depurando los escritos de todo tiempo, é inspirándose en la contemplacion y en el ambiente mismo de los lugares donde acumuló sus glorias y dejó sus cenizas el mundo antiguo, diera vida y color al magnífico panorama del suelo romano y á la siempre interesante historia del pueblo-rey. Mr. Ampere tenía todas las condiciones apetecibles para esta empresa científico-literaria; doctrina abundante, sentimiento artístico, amor á la Roma monumental, estilo fácil y pintoresco; un poco más de imparcialidad en determinados juicios, y un poco menos de tendencia filosófico-democrática, darían á la obra de Mr. Ampere mayores títulos, con tenerlos grandes, evidentes, al respeto de los que saben y á la gratitud de los que estudian.

Y en España, ¿qué se ha escrito ni de la Roma antigua ni de la Roma moderna? Más de siglo y medio hace, un obispo

español, el Dr. Bara Calderon, publicó un libro de las grandezas, especialmente religiosas, de la metrópoli cristiana. En nuestros dias D. Joaquin Francisco Pacheco, cuya pérdida lloran el foro y la tribuna y las letras, consagra algunos capítulos de su *Italia* al exámen muy sabio, pero muy rápido, de las obras de arte y aún de las costumbres de Roma. Otros viajeros ilustres han limitado más todavía la expresion de sus juicios y de sus recuerdos. Digna es Roma ciertamente de mejor ofrenda que la que yo puedo presentarle en estas páginas; mejor es, sin duda, la que desde el fondo del corazon le envian millares y millares de españoles; el rumor de los libros y de las palabras puede perderse entre la gritería del mundo; el amor verdadero y la obediencia filial tienen un lenguaje que no se traduce en voces ni se fija por la imprenta. Nuestros mayores se cuidaron más de hacer proezas que de escribirlas; la nacion española tiene grandes y venturosos recuerdos en Roma, y sin embargo, las glorias y las alabanzas de Roma apenas están escritas en la lengua castellana. ¿Qué importa? El mundo sabe que el primer extranjero que en Roma llegó al consulado y á los honores del triunfo, fué el español Balbo; la historia declara que en la serie, no larga, de los emperadores romanos, hay dos figuras que descuellan soberanamente, Trajano y Teodosio, y son dos españoles; las letras y la filosofía del Lacio honráronse con Marcial, bilbilitano, y con Séneca, cordobés; al derrumbarse el coloso del imperio, un papa español, San Dámaso, y un poeta español, Prudencio, llenan de luz y de armonía los ámbitos ya extensos de la cristiandad. En la Roma de los pontífices, por donde quiera que se siente la planta, adonde quiera que se dirija la vista, hállanse monumentos de la piedad, de la cultura y de la grandeza españolas. Desde aquella casa de Pudente, ya citada, de donde partieron en los tiempos apostólicos los Torcuatos y los Cecilios para difundir la luz por las Españas, y desde el oratorio del Esquilino, donde el papa San Silvestre confirmó los cánones del concilio de Nicea, que habia presidido un obispo español, Roma ofrece, así en la serie de los monumentos, como en la prosecucion de los siglos, tantas y tan felices memorias de reyes